

davía los triunfos de la Media Luna, y las playas de Italia fueron holladas algún día por los hijos del Islam, entre el espanto y los gemidos de la Europa cristiana.

La presunción y la altivez de los Sultanes de Stambul no conocieron ya límites. El feroz Selim I, envenenador de su propio padre y jamás saciado de víctimas, sólo pensaba en el vencimiento y la ruina de las naciones que adoraban á Cristo. Solimán II, tan sanguinario como Selim, sacrifica cien mil de sus soldados hasta tomar á Rodas; gana aquella batalla de Mohaez, donde perecen siete Prelados de la católica Hungría; conquista á Buda y penetra en Austria, de donde arranca treinta mil cautivos para las mazmorras turcas. Selim II, abyecto en sus harenes, desleal en los tratados, hace sembrar de horrores las ciudades de Nicosia y de Pafos, y renueva en Famagusta los refinados suplicios de los antiguos mártires.

Y entonces fué, Señores, cuando un Pontífice tan santo como sabio, nacido de humilde cuna en la orilla oriental del Tánaro, ornamento de la Orden Dominicana; y un Rey excelso, tan amante de su patria como protector de la Iglesia Católica, y que por este doble título solamente ha podido contar enemigos entre el protestante y el islamita, entre el infiel y el incrédulo; y una República de Italia que mereció ser admirada y querida de la Cristiandad entera por sus constantes luchas con-

tra el Imperio Turco, dando todos tres ejemplo de desinterés y abnegación á los príncipes, y alentando á las naciones de Occidente, aunaron sus fuerzas y sus recursos para hacer triunfar el Lábaro santo de la Cruz contra los estandartes de Mahoma, en las famosas aguas de la antigua Corinto. ¡Ah! Con razón pudo decir el Príncipe de nuestra literatura nacional que fué aquella la más alta ocasión que contemplaron los siglos, porque la mente se turba y el corazón flaquea al imaginar una derrota de la armada cristiana; derrota que habría traído consigo, entre otras cien catástrofes, la invasión total de Italia y el cumplimiento de las amenazas impías de Bayaceto, de los Mahomet y los Selim, de profanar la morada y las Basílicas de los Pontífices de Roma.

No es esta cátedra, Señores, el lugar á propósito para describir batallas; pero la fantasía no puede menos de remontar su vuelo sobre aquellas agitadas ondas, donde el almirante turco guarda confiado en sus bajeles los más preciados tesoros, porque se juzga invencible; y donde el piadoso Don Juan de Austria, rodeado de sus caudillos y soldados, reza con devoto recogimiento el Rosario de la Santísima Virgen, porque ellos saben bien que el Dios de los Ejércitos hace vencer con muchos ó con pocos (1) y que la Madre de Dios es criatura poderosa, y Reina de los Angeles y

(1) I Mac., III, 18.

Auxilio de los cristianos. Jamás, jamás vieron los mares un combate tan breve, y que fuera tan porfiado y sangriento: nunca héroes más arrojados esgrimieron su espada contra el alfanje en las contiendas titánicas de los sectarios del Corán contra los hijos del Evangelio: y los nombres de Don Juan de Austria, de Don Alvaro de Bazán, de Requesens, de Cardona, de Doria, de Colonna, de Veniero, vivirán eternamente en los anales de las generaciones cristianas. Señor Excmo., todos los pechos generosos levántanse entusiasmados al ver unánimemente escritas en todos los historiadores estas palabras sublimes, dirigidas á los soldados españoles por el hermano de Felipe II: «A morir hemos venido; á vencer, si el cielo lo dispone. No déis ocasion á que con arrogancia impía os pregunte el enemigo: ¿Dónde está vuestro Dios?» Y al lado de estas figuras inmortales por su fe y por su denuedo, ¿qué digo? elevándose sobre ellas por su dignidad incomparable de Vicario de Jesucristo, por su ascendiente sobre los Príncipes católicos, por su perseverancia de apóstol, por su palabra inflamada, divisamos á aquel hijo ferviente de Domingo de Guzmán que, postrado de rodillas en el Vaticano, y como si asistiese en sobrenatural arrobamiento á aquella escena única, contempla victoriosos los estandartes bendecidos por las oraciones de nuestra Liturgia, donde estaban impresas las imágenes de Jesús y de María; y, cruzadas sus manos, y transfigurado por

celestes júbilo, prorrumpe de esta suerte: «De rodillas, hijos míos, de rodillas; demos gracias á la Santísima Virgen: los cristianos son vencedores»

¡Oh qué día tan venturoso! Aquellas islas risueñas del Mediterráneo, saludadas de lejos por los rumores del Mar Egeo, y acariciadas por las altas montañas del Asia; aquellas ciudades de Nápoles y Sicilia, que sufrieron tantas irrupciones de las hordas agarenas, convirtiéndose más de una vez, en el corto espacio de una mañana ó una tarde, en teatro de destrucción y de muerte; aquellas costas francesas y españolas, frecuentemente sorprendidas por las galeras turcas ó argelinas, y con ellas todas las almas nobles de Europa, alzaron al Solio del Eterno y al Trono de la Soberana Augusta del Empíreo sus oraciones eucarísticas; y los Pontífices Romanos quisieron perpetuar á porfía los recuerdos de aquella tarde inolvidable y mil veces bendita, consagrando solemnemente la advocación del Rosario de la Virgen María, y contándola entre las más gloriosas Festividades de la Madre del Humanado Verbo. Donde no pudo respirarse todavía el puro aire de una libertad completa, se vió la aurora clarísima de una esperanza sólida; y las naciones tuvieron al menos la seguridad feliz de que el señorío de los mares se escapó para siempre, en las aguas de Lepanto, del poder avasallador de las galeras turcas. ¡Ah, Excmo. Señor! Sin las discordias y las rivalidades de los Príncipes, que desgarraron

á Europa en los tres últimos siglos, los Sultanes y los Visires no hubieran podido hacer aún de la Valaquia, la Transilvania y la Hungría, y de algunas ciudades del Austria, en pleno siglo XVII, montones de cenizas y pirámides de muertos. Sin los cálculos egoístas y sin el hielo petrificado de la diplomacia moderna, no serían vertidas en vano tantas lágrimas, no quedarían ahogados tantos ayes, no indignarían al mundo tantas horribles matanzas causadas en nuestros mismos días, y á todas horas, por los implacables enemigos del nombre cristiano, en aquella Armenia, de valles fértiles y de tradiciones bíblicas, ganadas ya, con su Rey y con su nobleza, para el Evangelio en el siglo IV; en aquella Albania, arrullada al Occidente por las olas del Adriático; en todas las feraces regiones de la antigua Tesalónica, donde ondearon los lienzos sagrados de la Cruz hasta los aciagos días del siglo XV.

Pero si aquella jornada imperecedera de Lepanto no bastó, hermanos míos, para arrojar á los fanáticos hijos del Corán hacia los arenosos desiertos de donde habían salido, devolviendo á la Cristiandad sus antiguas heredades, fué, sí, inmensamente fecunda para las generaciones evangélicas y para la difusión consoladora del amor y el culto de la celestial María. Sería un trabajo bien útil y laudable recorrer y estudiar á fondo las páginas de aquellas Asociaciones fervorosas del Rosario de la Santísima Virgen, prodigiosa-

mente multiplicadas desde fines del décimosexto siglo entre los fieles hijos de la Iglesia Católica; y yo no puedo resistir al imperioso deseo de hablaros en breves frases de esa comunión dulcísima, de esas íntimas reciprocidades del amor santo, de la oración ferviente, de los merecimientos fecundos que unen entre sí las almas de la Iglesia que milita, de la Iglesia que padece, y de la Iglesia que triunfa, identificándolas en el Amor de Dios y en el Corazón de Jesucristo.

No: no hay nada más hermoso que las almas que se asocian para orar y para practicar el bien en los caminos de la vida. Es esta la caridad de Dios, fundiéndose en cierto modo con la caridad del prójimo; y sólo la Religión católica posee el eficaz secreto de estos consorcios sobrehumanos, porque únicamente ella conoce la verdad de todos los misterios y los resortes de todas las ternuras. Si el Padre Celestial, según nos dice la Escritura, complácese amorosamente en la oración de dos almas, unidas por la fe y por los amores legítimos (1), la unión perfecta de muchos millares de corazones, inspirados en sobrenaturales afectos, ha de constituir aquella fuerza mística, aquella violencia santa que escala las alturas hasta ganar las regiones eternas (2).

Sí, hermanos míos: aquellos primitivos fieles

(1) Matth., XVIII, 13.

(2) Matth., XI, 12.

que se congregaban en los sagrados ágapes; aquellos solitarios del Egipto que se juntaban con frecuencia para conversar sobre las cosas divinas; aquellos monjes que cantaban sus Salmos por el día y por la noche, y velaban solícitos por el viajero extraviado; aquellas vírgenes de los claustros que alababan al Señor como los coros angélicos; aquellas Escuelas cristianas, creadas al lado del templo para cultivar las inteligencias y santificar los corazones; aquellas gloriosas Ordenes Militares que tanto contribuyeron á la reconquista de nuestra patria; aquellas confraternidades de la piedad, que tanto se extendieron en los últimos siglos de la Edad Media; aquellas largas filas de espíritus devotos que recorrían las calles, las plazas y los campos, entonando y repitiendo sus antífonas y sus preces; todo esto eran sollozos ó bendiciones que penetraban en los cielos y llegaban hasta el trono del Altísimo, y eran también eslabones misteriosos que estrechaban recíprocamente las almas y edificaban el mundo.

Y esta acción colectiva y bienhechora de la Iglesia militante, que alcanzó ya tan considerable influencia en el siglo XIII, cuando, además de los grandes Institutos Religiosos, surgieron las Ordenes Terceras de los celosos Fundadores, vino á rayar en todo su esplendor con el establecimiento y desarrollo de aquellas célebres y numerosas Cofradías que, como protesta viva y eloquente contra los modernos errores, religaban con ma-

yor fuerza los espíritus, y en las que á cada paso se encontraba al Rey junto al vasallo y á los magnates junto á los humildes.

Ahora bien; entre todas estas estrechas alianzas, espirituales y corporales á un tiempo, las más dulces, las más suaves, las más útiles y provechosas, eran las que nacían bajo el nombre y el amparo de la Madre de Dios; y entre las varias Asociaciones de la Virgen María, las más poéticas, las más henchidas de esperanzas, eran las Cofradías del Rosario. En esa devoción fecunda, lo más sublime, lo más bello, lo esencial para la vida del alma es la consideración de los misterios divinos, y el tesoro de sobrenaturales gracias con que ellos nos brindan; pero juntamente con esto, tenemos allí consolaciones y lenitivos que no pueden describirse; esos auxilios, esos sufragios que unen mi espíritu en otros mundos con las almas que se purifican de sus ligeras mancillas, almas que mis preces y mis méritos pueden hacer subir más pronto al cielo, por el poder y por la caridad que el Salvador de los hombres quiso legar á sus Vicarios sobre la tierra y que el Pastor universal de la Iglesia ha prodigado amoroso á los devotos del Rosario de la Virgen María.

¡Oh dolor! La herejía protestante, Señor Excelentísimo, prefirió desdeñar locamente estos consuelos de los corazones lacerados; no ha querido admitir, en la muerte de los que ama, ni la resignación ni la esperanza. Negando el hermoso dog-

ma del Purgatorio, alianza inefable de la Justicia con la Misericordia Divina, él no se ha librado de las mofas de la filosofía incrédula, puesto que admite la eternidad de las penas para el réprobo, ni ha sabido conservar con los seres amados aquellas relaciones sobrehumanas que confortan el espíritu en el tránsito de lo temporal á lo eterno, y que traen alivio á nuestro corazón en el paroxismo de los más acerbos dolores.

Nosotros, hijos del Catolicismo, sufrimos la honda amargura de esas separaciones crueles; pero divisamos allá, en las regiones del misterio, á las almas queridas, y, orando constantemente por ellas, nuestra angustia se aminora y se calma, y nuestros ruegos se dirigen más singularmente á la Virgen María en favor de aquellos seres que vivieron á nuestro lado, que nos prestaban algo de su vida y vivían algo de la nuestra; y en la protección de esa Clemente Madre, y en su intercesión bienhechora, bebíamos el agua de la conformidad, y nos parecía divisar las almas, ya purificadas, que volaban á las eternas mansiones.

Pero no es esto todo. En los abismos de nuestra flaqueza y en la conciencia de nuestras culpas, aquellos Atributos de la Divinidad, aquellas prerrogativas de la Virgen María, tan tierna y tan sencillamente expuestas en la devoción del Rosario, nos dejan ver al Altísimo más misericordioso que justiciero; y esta oración al Señor y este salu-

do á la Madre de la Divina Gracia, nos infunden alientos indecibles, son para mí como esa atmósfera que templada con sus vapores los ardientes rayos del sol y los hace más vivificadores para la vida de la naturaleza y para nuestra propia vida. Y después, hermanos míos, esas procesiones solemnes que salen de la casa del Señor con las luces de la aurora, en las que se entona el Rosario de María con voces que no parecen de la tierra, y que vuelve con los primeros rayos del sol á las sagradas naves; esas horas de la tarde en que acuden á la iglesia los fieles, movidos por una misma fe y aspirando á un fin idéntico, que es unirse con sus hermanos en la verdad y la virtud, y gozar un día del Bien Sumo por eternidades infinitas; esos últimos resplandores del crepúsculo vespertino que penetran por las ventanas ojivales del templo, y que, sin alterar los gozos del espíritu, suelen prestarnos una melancolía santa, que nos aparta del error y del mal: todo este arrebatador conjunto tiene un encanto sin límites, y es para los rectos corazones un tesoro sin precio.

Lacordaire, Excmo. Señor, ese hijo preclarísimo de Domingo de Guzmán, que ha vivido en nuestros mismos días, y que se esforzó en enaltecer con su razón poderosa y con su maravillosa elocuencia la obra de restauración bendita de su Fundador y Padre, ha dicho cosas encantadoras acerca del Rosario de la Virgen María; pero más grande, y más elocuente y persuasivo que aquella